

Sólo un comentario

La agonía de la Era Gutenberg

Por qué lo que un día fue valioso hoy ha dejado de serlo



ROSA SALA ROSE

Los libros pesaban tanto que tuve que llevarlos a la biblioteca en autobús: siete maravillosas ediciones en papel couché, subvencionadas por la Diputación, sobre la arquitectura medieval de un pueblo de Gerona. Me los había regalado solemnemente el Alcalde en agradecimiento por una presentación.

En el autobús los examiné otra vez para cerciorarme de que realmente no me interesaban. Eran libros preciosos y caros, de gran valor académico, pero trataban de asuntos que no encajaban con mis intereses. Estaba claro que serían más útiles en una biblioteca de investigación que acumulando polvo en alguna estantería de mi casa, ya de por sí abarrotada.

Subo con esfuerzo las escaleras del antiguo hospital medieval, ahora reconvertido en biblioteca, la más importante de la ciudad. Los siete libros pesan una barbaridad. Nada más anunciarle mi intención de donarlos, la empleada arruga la nariz en un gesto que interpreto como desdén, y eso que las ediciones lucen preciosas sobre el mostrador, bajo las luces halógenas.

—No podemos aceptar estos libros sin más. Tendría que haber hablado antes con el departamento de adquisiciones.

—Pero si yo ya pregunté en su día y me dijeron que estaban encantados de recibir donaciones...

—Le habrán informado mal. A lo mejor ya tenemos esos libros y no nos interesa recibir un segundo ejemplar.

Miro con desánimo los siete libros que me he molestado en acarrear hasta allí. ¿Tendré que volver a llevármelos a casa? Le anuncio desafiante a la chica del mostrador que, o los acepta en la biblioteca o pienso dejarlos junto al primer contenedor de papel que encuentre. Es un farol, pero

el caso es que se apiada, no sé si de mí o de mis libros.

—Bueno, para la próxima vez ya lo sabe... Ahora tendría que rellenarme este papel.

Me entrega un formulario que exige mis datos personales y la lista detallada de todos los libros que pretendo donar, con título, autor, editorial y año.

—¿Tengo que rellenar todo eso? —pregunto incrédula.

Asiente. Doy un suspiro y comienzo.

Recuerdo que en una vieja mudanza de hace varias décadas separé las novelas y novelones que había leído de adolescente y las llevé a la cárcel Modelo en un carrito de la compra. Me impresionó poner los pies en aquel siniestro edificio que había marcado el paisaje urbano de mi infancia. El bibliotecario salió a recibirme y me agradeció efusivamente el incremento de fondos para su biblioteca. Salí de allí con la estúpida sensación de haber contribuido un poquito a mejorar el mundo. Eran otros tiempos. Yo era muy joven y todavía no habíamos llegado a la agonía de la Era Gutenberg.

En mi imaginación veo los siete libros sobre arquitectura medieval pasando la noche en un oscuro almacén con cientos de congéneres suyos. Me pregunto si algún día un estudiante de Historia del Arte agradecerá haber encontrado precisamente uno de esos libros en aquella biblioteca. Descarto esa absurda idea de inmediato y voy a buscar una mesa para iniciar mi nueva jornada de trabajo: al fin y al cabo, estoy escribiendo un libro. Todavía me dedico a eso.

Me imagino a un desconocido que dentro de unos años se aproxime al mismo mostrador con siete libros bajo el brazo: uno de ellos podría ser el que estoy escribiendo en estos mismos instantes. Trato de espantar esa idea y concentrarme en mi trabajo. En vano. Hoy el día ha empezado con mal pie.

Perfil

Jonás en el vientre de la ballena

En Carlos Fuentes el pensador devora al escritor, como ya le ocurrió a Octavio Paz

EDUARDO SAN JOSÉ

Ha sido un escritor de tantos talentos y sorpresa tan constante, que la última que nos dio **Carlos Fuentes** al morir es recordarnos que tenía ochenta y tres años, aunque lo supiéramos. El coraje de reinventarse, de cambiar de piel conservando el nervio del Boom hispanoamericano, resultó en una voz de permanente actualidad: nuevo, más que novedoso; moderno, antes que a la moda. Pocos como Fuentes habrán sido hasta el último de sus días hombres de su tiempo, de cada uno de sus tiempos.

Por eso puede llamar la atención que la noticia inesperada de su muerte haya concitado una respuesta en general tan monótona y sabida: el incienso oficial de los responsables que parecen preparados hace tiempo. Casi nada que se saliera de los elogios fúnebres o las casillas del manual, que recuerde que fue posiblemente el escritor de mayor intuición narrativa de su generación. Demasiados testimonios, para mi gusto, dispuestos a recordarlo como intelectual, creador de pensamiento, personalidad. Como pasa ya con su maestro **Octavio Paz**, el pensador que también fue devora al escritor; Jonás, en la ballena de la cultura con mayúscula: el poder anulando la fuerza.

Coincide ahora la edición en España de una novela del escritor a quien más curiosidad daría pedirle un obituario del mexicano; me refiero al argentino **César Aira**, y **El congreso de literatura**, que estos días podemos leer: su autoficción como científico loco que habría conseguido una fórmula para clonar a Carlos Fuentes y crear así una raza de intelectuales que dominaría el mundo. Fuentes, pensador: éste es el nudo de su soledad ante los lectores; el ojo de cerradura por el que se nos hace ingresar a su obra en lugar de las puertas del paraíso de la ficción.

Es verdad que a veces sus obras traslucen las costuras teóricas; lo suponemos entonces escribiendo desde un tema y no desde una historia (más en los cuentos, curiosa-

mente). Puede que sobre todo en los últimos años publicara demasiado, incluso que haya sido víctima de su propia abundancia y exceso de talento. Como Paz, ha sido de los raros casos en que la genialidad y la facilidad para el concepto y la frase no excluyen el rigor. Esto lo convirtió en un triunfador evidente, el **Victor Hugo** de las letras hispanoamericanas, caso comparable sólo al de **Vargas Llosa**. Hasta **Gabo** se habría retirado a la zona sagrada del mito literario para cederles el terreno del intelectual total.

La crónica del autor mexicano está hecha de tiempo, caducidad, autoironía, apertura

La hegemonía de Fuentes, en combates ganados casi siempre, si lo comparáramos con **Rulfo**, a los puntos (esa sucesión apabullante de obras magnas, que serían mejor reconocidas como maestras si fueran menos: **La región más transparente**, **La muerte de Artemio Cruz**, **Cambio de piel**, **Terra Nostra**, **Gringo viejo**, pero también alguna vez por KO (**Aura**, **Cristóbal Nonato**), se extendió al ensayo. **Valiente mundo nuevo**, **El espejo enterrado** o **Geografía de la novela** descubrían con igual persuasión realidades que así pueden ser narradas como explicadas. De ellos, me quedo con el más reciente, **La gran novela latinoamericana** (2011), porque en él descubre el regreso desacomplejado de la narración a la novela en español, tras varios purgatorios, y sin las ingenuidades o abusos de la vieja novela-total, en autores como **Juan Villoro**, **Ángeles Mastretta** o **Jorge Volpi**. Nombres que, sin decirlo él, han venido a demostrar la validez del patrón de escritura de Fuentes. En el lecho de muerte no dejamos de imaginarlo como su Artemio Cruz, a salvo quizá de sus maldiciones y

La brújula EUGENIO FUENTES

Robar en American Apparel

Tao Lin

Traducción de Julio Fuertes Tarín

Alpha Decay

104 páginas. 14 euros



¿Sirve moverse para algo más que para quedarse quieto?

Decir **Tao Lin** (Nueva York, 1983) es convocar la controversia apasionada, al menos desde que en 2011 se publicó en España **Richard Yates**. Novela de la insatisfacción juvenil, de la soledad, el desamor y la tecnología en la que boqueamos cada hora, **Richard Yates**, trufada de emails, sms y conversaciones de chat, entusiasmó con la misma

fuerza con la que fue rechazada. Está claro que el joven escritor de origen taiwanés no deja indiferente.

Un año después llega a las librerías este **Robar en American Apparel**, novela corta, de unas cien páginas, publicada en inglés un año antes que **Richard Yates** y que está llamada a sembrar más polémica. En es-

ta ocasión, Tao Lin pasea la soledad y la frustración por medio EE UU.

Sobre cómo la dificultad para hacerse un hueco en un mundo saturado de vacío no se despeja ni moviéndose ni quedándose quieto.

Dickens enamorado. Un ensayo biográfico

Amelia Pérez de Villar

Fórcola

192 páginas

19,50 euros



Conocer a Dickens por sus vaivenes sentimentales

De entre las numerosas formas ideadas para conmemorar el bicentenario del nacimiento de **Dickens**, la que ha escogido **Amelia Pérez de Villar** es, sin duda, una de las más originales.

Dickens enamorado se nutre de un epistolario amoroso de juventud del autor de **Historia de dos ciudades** que nunca había sido traducido al castella-

no y que ahora se recupera a partir de una edición estadounidense de 1908. Gracias a una lectura atenta de la correspondencia entre Dickens y **Maria Beadnell**, Pérez de Villar logra adentrarse en aspectos de la personalidad y la obra del gran maestro inglés en los que no es habitual reparar.

Más allá de esas epístolas, la

autora indaga igualmente en otro episodio amoroso poco conocido de Dickens: la relación que, tras divorciarse de **Catherine Hogarth**, mantiene desde los 45 años con la actriz **Nelly Ternan**, de 18, que les unirá hasta la muerte del escritor.